

demnizarle de los insultos é indiferencia de aquellos gobiernos. ¡Tantos son los medios que el cielo tiene para mandar á los corazones de los hombres y disponer, segun le place, de sus opiniones! ¡Tan facil le seria, si fuese menester, hallar recursos para su Iglesia en sus mayores pérdidas, y suscitarle nuevos protectores en medio de nuevos enemigos!

No es esto decir que pretendamos convertir en motivos sobrenaturales las causas que hacian obrar de aquel modo á aquellos soberanos, á aquellos príncipes y á aquellos grandes en sus relaciones con Pio VI: no ignoramos que las obras maestras del arte atraian á algunos á Roma; pero tambien es cierto que, atraidos á Roma por este motivo, las virtudes del Papa fijaban necesariamente su atencion, y disminuian, si es que no borraban del todo, sus antiguas preocupaciones contra el Papado, al paso que se reconciliaban con el culto católico por la imponente magestad de sus ritos. Es verdad que los soberanos del Norte, al comunicar con el Papa, no se proponian reconocerle por gefe de su Iglesia; mas tambien es cierto que de estas comunicaciones resultaba una disposicion pacífica de su parte en favor del catolicismo. Catalina, Gustavo y Federico hicieron aun mas; pues la primera fundó iglesias católicas en sus Estados, Gustavo permitió á los católicos de Stokolmo profesar libremente su creencia, y Federico no hizo distincion alguna entre los católicos y sus demas vasallos, y hasta favoreció su culto; y finalmente, los Estados-Unidos de América, como ya hemos visto, pidieron en 1789 un obispo para la América septentrional. Si el celo de la Religion no entrara para nada en las miras de esos gobiernos ¿qué es lo que de esto se pretendería inferir? ¿Por ventura no dicen las Santas Escrituras, que Dios conduce frecuentemente los hombres á sus fines por caminos que ellos ignoran; que los mismos reyes, creyendo seguir sus propios consejos, no hacen mas que egecutar los de Dios, y que en medio de todo

de que él se vale en su misericordia ó en su justicia para la salvacion ó para la reprobacion de los pueblos?

Cuando hemos hablado del espíritu de insurreccion, que se manifestaba contra la Santa Sede en los Estados católicos, no hemos nombrado la Francia, que era de donde este espíritu se comunicaba á todo el resto del mundo cristiano. No daba personalmente su rey ejemplo de ninguna violacion contra los derechos de la Iglesia; este príncipe, por el contrario, profesaba un respeto inalterable á todos sus derechos espirituales y temporales; mas no sucedia lo mismo con la mayor parte de sus cortesanos, de sus magistrados y de los demas depositarios de la autoridad civil, cuyos principios sobre la Religion y sus ministros nada tenian que no fuese alarmante para la fé.

Tal era el estado de la Iglesia católica en el universo en el momento de la revolucion francesa.

¿Qué es, pues, lo que podia esperarse del cielo para la salud de la tierra? ¿Debia darse á la impiedad tiempo para seducir, si posible fuera, á los mismos elegidos de Dios? Sin duda el catolicismo contaba aun en todos los paises con pastores de primero y segundo orden, dignos de los primitivos tiempos de la Iglesia; pero su número era reducido y cada dia iba insensiblemente á menos: la moderna filosofia principiaba á penetrar hasta en el santuario, y las santas reformas del Concilio de Trento iban cayendo poco á poco en desuso: cierto es que algunos institutos se sostenian en su fervor primitivo, y que algunas congregaciones ofrecian ejemplo de todas las virtudes religiosas; pero otros institutos y otras congregaciones se iban pervirtiendo: las misiones de la China prosperaban; pero las de Levante iban á menos: los socorros para las demas misiones eran casi nullos, y el proselitismo de la fé se extinguia en las almas. Por último, la Iglesia subsistia en todo su brillo exterior; pero tan amenazada por

la impiedad del siglo en su Cabeza y en sus miembros, que en aquel violento estado de cosas todas las esperanzas de la fé no podian cifrarse ya sino en Dios y en la fidelidad de sus promesas, y en que una revolucion habia llegado á ser necesaria en el órden de la Providencia para renovar la faz del mundo cristiano y salvar por este medio la fé católica de una total ruina. Luis XVI habia sido impelido á tomar una resolucion que debia perder á la monarquía. Las asambleas celebradas en las provincias para nombrar diputados, anunciaron harto á las claras la efervescencia á que obedecerian los Estados generales. La clase media, ó tercer estado, se habia dejado seducir sobremanera por esperanzas de engrandecimiento y por las repetidas declamaciones insertas en multitud de folletos contra el clero, contra la nobleza y aun contra el príncipe (1). Estos dos últimos órdenes no estaban tampoco al abrigo de divisiones intestinas, pues muchos de los individuos de la nobleza anhelaban un cambio político; y en el clero, los párrocos, esta porcion tan respetable de los ministros de la Iglesia, habian prestado oídos á pérdidas sugestiones. Nada se habia omitido para separarlos de sus obispos, como si para un sacerdote pudiera haber otra gloria, ni otro interés que el mantenerse unido á los primeros pastores. Muchos se dejaron seducir de las promesas con que se les halagaba, y se presentaron en las asambleas con un espíritu de envidia y ambicion que no les fué menos funesto á ellos que á todo el clero. Con estos gérmenes de discordia se abrieron los Estados generales. El rey, seguido de todos los diputados, fué el 4 de mayo de 1789 á oír una misa solemne del Espíritu Santo, en la iglesia de San Luis de Versalles. M. de La Fare, obispo de

Nancy, pronunció un discurso mezclado de protestas de amor á la Religion, de fidelidad al rey, y de prudentes reflexiones sobre las ventajas de la libertad. Al oír esta palabra, una esplosion de gritos y aplausos cubrió la voz del orador, sin respeto alguno á la magestad del lugar. Semejante principio hubiera debido llenar de espanto á los hombres pensadores (1). Al dia siguiente Luis XVI hizo la apertura de los Estados por medio de un discurso que demostraba la pureza de sus intenciones. Dió consejos saludables; se esforzó en predisponer los ánimos contra aquella fiebre violenta, contra aquella inquietud general, contra aquel ardor de innovaciones de que generalmente estaban dominados. La sabiduria de sus consejos fué sofocada por la tumultuosa voz de las pasiones (2).

Los Estados generales se componian de 1448 individuos: reunion inmensa y defectuosa solo por el hecho de ser demasiado numerosa, y que por lo tanto no podia ofrecer garantia ninguna de la calma, prudencia y madurez necesarias para las deliberaciones. Por parte del clero habia cuarenta y siete obispos, treinta y cinco abades ó canónigos y doscientos ocho curas. La Cámara de la nobleza se componia de doscientos setenta diputados. El pueblo estaba representado por quinientos noventa y ocho individuos, de los cuales trescientos setenta y cuatro eran letrados. Esta Cámara tenia sobre las otras dos una superioridad de cerca de cuarenta votos, por haberse negado la nobleza de Bretaña á enviar diputados. En otros distritos el alto clero y la nobleza, disgustados de que no se hubiese tenido consideracion á sus privilegios, tampoco habian querido tomar parte en la eleccion. Fácil pues era conocer qué ventaja

(1) *Hist. abreviada de la Const. civil del clero de Franc.*, p. 3.

(2) *Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 136-138.

(1) *Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 195.

tomar sobre las otras dos Cámaras del mismo modo. En vista de esto el salón se representaba al pueblo ó tercer Estado.

No tardó esta en dar una muestra de sus intenciones, estableciendo que los poderes debían examinarse en comun, sin distincion de órdenes. Esto era atentar contra el uso inmemorial de esta clase de asambleas, en que cada cámara discutía separadamente y las decisiones resultaban del acuerdo de la tres cámaras. Los diputados del tercer estado querían que todos los órdenes se reuniesen indistintamente y que la votacion fuese personal. Así estaban seguros de tener siempre mayoría, pues ya se ha dicho que ellos solos eran más en número que las otras dos secciones reunidas. En este plan pusieron todo su conato, y prefirieron pasar mas de seis semanas sin ocuparse en ninguno de los asuntos que habían motivado su convocacion, antes que renunciar á un proyecto, de que se prometían tantas ventajas. Solicitaban á los otros dos órdenes á que se unieran á ellos; instaban al clero en nombre de un Dios de paz: frase usada cuando se querían exigir del clero algunos sacrificios, y de la cual se valían los enemigos de la Religion y de la paz para destruir á la una y á la otra. Algunos individuos de la nobleza y del clero accedieron á sus solicitudes, y se adquirieron particularmente prosélitos entre los curas, prometiéndoles mejorar su condicion, y librarles del despotismo de los obispos. Finalmente, tres curas de Poitou dieron el ejemplo de desercion el 13 de junio, y se unieron á los comunes; que este era el nombre que el tercer estado había tomado. Al día siguiente siguieron el ejemplo otros cinco curas, entre los cuales figuraba Enrique Gregoire párroco de Embesmesnil, y el día 17 se vió el clero abandonado por otros siete curas. Aquel mismo día los comunes abolieron toda distincion de órdenes, y se constituyeron en *asamblea nacional*.

La cámara de la nobleza rehusaba reunirse, y la mayoría del clero opinaba también

vió rodeado de un populacho ciego, que por medio del terror se propuso arrancar lo que sus representantes no habían podido conseguir con sus solicitudes.

Entretanto el gobierno empezaba ya á alarmarse de las maniobras del tercer estado. Luis XVI anunció una sesión régia, y mandó que todos los individuos de los estados generales se reuniesen para este efecto en el local destinado hasta entonces para el tercer estado. Mientras que en el salón se hacían los preparativos necesarios, los representantes del pueblo, despreciando la prohibicion que se les había hecho de proseguir sus asambleas hasta que se verificase la sesión régia, se presentaron á la puerta del local donde acostumbraban reunirse y la encontraron ocupada de centinelas. A vista de esto un súbito entusiasmo se apoderó de aquellos diputados: por un movimiento unánime y espontáneo se dirigieron todos á un juego de pelota, que era el único local capaz de dar cabida á una tan numerosa asamblea, y allí, de comun acuerdo, juraron reunirse donde quiera que las circunstancias lo exigieran, hasta que hubiesen dado una constitucion al reino (1). La sesión régia se verificó el 23 de junio; pero ellos se rieron de las órdenes del monarca: permanecieron reunidos á pesar de su prohibicion, y la corte intimidada dió una gran prueba de debilidad, ordenando aquella misma reunion que acababa de prohibir. El rey escribió á los individuos del clero y de la nobleza, que no se habían reunido aun á los comunes, mandándoles lo hicieran: de manera que el 27 de junio todos los diputados sin distincion ocuparon los mismos bancos del congreso, confundidos en una sola corporacion.

Mr. de Juigné, que había sucedido en la silla de Paris al ilustre Mr. de Beaumont, que

(1) *Hist. abreviada de la const. civil del clero de Francia*, p. 6.

falleció en 1781, acababa de gastar durante aquel rigoroso invierno doscientos mil francos de su patrimonio en socorrer á los pobres (1); mas, esto no obstante, poco faltó para que este venerable prelado fuese víctima de los mismos á quienes había colmado de favores. Divulgaronse con toda anticipacion pérfidos rumores entre el pueblo; diciendo que el arzobispo de Paris era la única causa de la desunion de los Estados generales y añadiéndose que su influencia se oponía á que lo restante del clero concurriese á la asamblea nacional. Estas calumnias produjeron el efecto que los enemigos del orden se habían prometido: el 24 de junio fué apedreado el coche del prelado por un populacho frenético; muchos testigos oculares han declarado que solo la velocidad de los caballos pudo salvarle de la muerte que los alborotadores le habían preparado. Cuando Mr. de Juigné se presentó al día siguiente en la asamblea, fué recibido con un murmullo de admiracion, y el presidente al participar á los diputados el atentado del día anterior, dijo, que el arzobispo de Paris acababa de colocar sobre su sagrada cabeza la última corona que faltaba á sus virtudes.

La brillante victoria que los sediciosos habían obtenido no fué mas que el presagio de otras (2). Calificáronse á sí mismos con el título de *representantes de la nacion*, investidos de todos sus poderes y depositarios de toda su autoridad. Se hizo saber al monarca que no era mas que un simple mandatario del pueblo, encargado de hacer ejecutar las leyes, un *funcionario público*, un *comisionado*. Dijose al pueblo que en él era en quien residía la soberanía, y le alentaron á que hiciera uso de ella. A fuerza de hablarle de sus derechos y nunca de sus deberes, y de repetirle

que era libre y que todo lo podía, se escitó el desenfreno y se provocó la revolucion.

En 11 de julio habiendo el rey separado del ministerio á Necker, se amotinó el populacho de Paris, se deshizo en imprecaciones contra la corte, se saquearon algunos establecimientos, se tocó á rebato, se corrió á las armas, adornándose al mismo tiempo con escarapelas, y los revoltosos se apoderaron de la Bastilla, degollando al gobernador y á toda la guarnicion por haber querido defender el puesto que se les había confiado. Otro tanto hicieron con el preboste ó síndico del comercio de Paris y con otras muchas personas. Durante muchos días la capital pareció una ciudad tomada por asalto, presa de todos los desórdenes. No fueron perdidos estos ejemplos para las provincias: el mismo desenfreno produjo los mismos resultados. La codicia se distinguió por latrocinios, la crueldad por asesinatos, y la sed de independenciam por sediciones. Las leyes perdieron su ascendiente y la autoridad su fuerza: los resortes del Estado se rompieron: desencadenáronse todos los malos instintos, y la febril exaltacion de los ánimos rompió todo freno. Hombres asalariados vagaban por las provincias sembrando falsos terrores, que servían de pretexto para armar á los ciudadanos y procurar de este modo un apoyo á los sediciosos. La asamblea en vez de reprimir el mal, le daba pábulo con sus agentes y sus decretos.

Luis XVI, despojado ya de su autoridad, nada podía hacer mas que gemir á vista de tantos desórdenes. Cada día sentía caer sobre su trono un nuevo golpe. Folletinistas sediciosos escitaban contra él á un pueblo crédulo, acusándole de tiranía, cuando apenas conservaba en sus manos una sombra de poder, y haciendo que recayese sobre su persona la parte odiosa de aquellos excesos de que ellos mismos ó sus cómplices eran autores. Conocidas son de todos aquellas tristemente célebres jornadas en que una nube de bandidos armados cayó sobre Versalles, insultaron al mo-

(1) *Hist. abreviada de la Const. etc.*, p. 67.

(2) *Mem. para la Hist. Eccles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 138-140.

narca, allanaron su Real palacio, y por último se lo llevaron preso á Paris, en tanto que la asamblea, á cuya vista ocurrían todos estos desmanes, seguía tranquilamente sus frías discusiones. La asamblea siguió al rey á la capital sin duda para tenerlo mas enteramente bajo su dependencia y á fin de estar mas á mano para recibir el impulso de los facciosos. Desde aquel momento vió el monarca su autoridad completamente anulada, y se le obligó á suscribir los decretos pronunciados sucesivamente por los dominadores.

Para dar una idea de los desórdenes que señalaron los principios de aquella horrible revolucion, y para que se comprenda lo que la Religion podia prometerse de ella, describiremos la devastacion ejercida en julio de 1789 en las casas centrales de la congregacion de la Mision y de la de las Hermanas de la Caridad.

A la primera señal de insurreccion, en la noche del 12 al 13 de julio, doscientos furiosos armados de puñales, fusiles, chuzos, hachas y palos corrieron tumultuosamente á la puerta principal de la casa de San Lázaro (1). La mayor parte de ellos mismos no sabian á qué iban á reunirse en aquel punto, y permanecian indecisos sobre lo que habian de hacer, cuando á las dos y media de la mañana, á la orden de algunos de sus gefes, empezaron aquellas largas y silenciosas bóvedas del vasto recinto á resonar de un modo horrible con los golpes con que echaban abajo sus pórticos sagrados, y con el fuego graneado de algunos soldados del regimiento de guardias francesas, y con la espantosa gritería de los sediciosos; mas ya están por el suelo y hechas pedazos aquellas puertas tan sólidas como aniguas. Los bandidos se precipitan como frenéticos al interior del edificio, y se lanzan primero sobre un edificio interior situado de-

(1) Jaufré. *Mem. para la Hist. de la Religion á fines del siglo XVIII*, t. 1, p. 277-289.

tras de uno de los patios, en el que habia veinte sugetos encerrados por locos, y cuatro jóvenes, hijos de familias respetables, detenidos por su mala conducta en virtud de orden de la autoridad y á peticion de sus parientes. Para llegar á este punto fué preciso romper una verja de hierro, cuyo obstáculo no hizo mas que acabar de irritar el entusiasmo de aquellos fanáticos. *La libertad, camaradas*, este fué el grito que dieron al entrar en aquel recinto. Oyéronles los cuatro jóvenes detenidos y se escaparon. Los veinte locos permanecieron encerrados hasta la noche, á cuya hora otros bandidos creyeron hacerles un servicio echándolos fuera de su asilo. Estos veinte enagenados y los cuatro jóvenes se dispersaron en medio de la confusion que reinaba en la capital, y nunca se ha vuelto á tener noticia alguna de su paradero.

Consumado este primer atentado, aquella turba de bandidos cayó sobre la parte del edificio ocupado por la comunidad, hicieron conducir al refectorio, mandaron que se les diese de comer y beber, y se les apartara todo el dinero que habia en la casa. Los religiosos concibieron alguna esperanza de tranquilidad al ver que aquellos hombres no se daban prisa y que se saciaban á placer con los manjares que se les habian presentado y tomaban el dinero que se les distribuía.

Pero como las puertas de la casa habian quedado derribadas, un populacho inmenso vino á unirse á la turba de malhechores, y entonces el pillage no tuvo limites. En la época de este suceso se tuvo por cosa cierta que esta segunda irrupcion habia sido combinada con la primera. Notóse que entre aquellas turbas habia una especie de mando y presidencia, y que obedecian las órdenes de ciertos directores ó caudillos. Distinguíanse estos por una trenza ó cordon negro, y al parecer obedecian ellos mismos á las órdenes que venian del Palais-Royal (palacio de la familia de Orleans). Conviene tener presente esta circuns-

tancia, así como la en que principió el saqueo de los cereales y harinas del convento. No se pensó en cometer este atentado hasta las diez de la mañana del lunes 13 de julio, siendo así que la casa habia estado enteramente á merced de los devastadores desde las dos y media de la noche. De esto se inferirá que el objeto esencial y directo de aquel desencadenamiento de furor no era, como decia una clase mal instruida ó mal intencionada, castigar la casa de San Lázaro por la ocultacion y abundancia de provisiones; ya veremos que cuando ocurrió la devastacion, el público debia estar bien enterado de los cereales que habia en el granero de aquella comunidad. Ahora proseguiremos describiendo aquella escena de tinieblas.

Así que llegó aquel refuerzo de bandidos, se oyó por todas partes el estrépito de una destruccion general. Cristales, puertas, armarios, mesas, sillas, camas, todo, en una palabra, era destruido brutalmente por el hierro implacable de aquellos malvados. Al mismo tiempo un flujo y reflujó de ladrones de toda edad y sexo saqueaba las habitaciones y arrebatava con increíble avidez cuantos objetos se presentaban á su vista, penetrando por todas partes, y ejercitando su rapacidad hasta en las cosas mas insignificantes. No hubo prenda de vestido, pedazo de lienzo ni utensilio de cocina que escapara de la insaciable codicia de aquel feroz enjambre.

Mas no les bastaba á aquellos miserables llevarse cuanto podian; su furor se ensañaba contra todo lo demas, á fin que aquel edificio quedase enteramente inhabitable. Arrancaron, rompieron, despedazaron y arrojaron al patio las tablas de las camas, las mesas y las sillas; inutilizaron todos los colchones, todas las tapicerías, y de mas de mil puertas y de mil quinientas ventanas que habia en el convento, no quedó una sola servible, ni objeto alguno que no sufriera los últimos tratamientos del furor.

El refectorio, aquella nave inmensa y so-

berbia apreciada de los inteligentes por su buena construccion y principalmente por las hermosas pinturas que decoraban sus paredes, no presentó en un momento á los ojos del espectador mas que mesas derribadas, vasos rotos, cuadros hechos girones y toda la desnudez de un sitio en que la guerra y el hierro han desplegado sus horrores.

La misma desolacion ocurrió en los salones destinados á los ejercicios de la comunidad, y al retiro de las personas forasteras. Entre ellos habia uno muy notable y conocido de la capital por una coleccion de ciento sesenta retratos de Papas, cardenales, obispos y otros personajes ilustres, cuya memoria era preciosa á la congregacion de la Mision. Toda esta interesante coleccion fué presa de las hachas y lanzas de los salteadores, quedando convertida en un montón de telas laceradas, ajadas y sucias bajo los pies de aquellas furias desencadenadas.

La gran biblioteca de la comunidad, compuesta de cerca de cincuenta mil volúmenes, la biblioteca particular de los estudiantes, la de los superiores y profesores, las dos propias de los dos colegios dependientes de la casa, fueron con sus estantes y enrejados derribadas, hechas pedazos, pisoteadas, arrojadas por las ventanas, mutiladas y diseminadas por los jardines y patios, quedando en tan deplorable estado, que de sus inmensas ruinas no pudo formarse la mas pequeña coleccion.

Destruyeron tambien completamente el gabinete de fisica que la comunidad habia reunido con el producto de sus economías anuales, para la institucion escolástica de sus alumnos y en particular para los que se destinaban á las misiones de la China, en donde no eran recibidos sino á favor del aparato de geometría, de dióptrica y de astronomía, de que es preciso que ellos vayan rodeados para entrar en aquellas regiones idolátras.

El gabinete de farmacia, que contenia un riquísimo surtido y objetos muy preciosos, no